

LAP

VENEZUELA MISIONERA



Misión del Tucuco.—Vista lateral y de frente.

ABRIL 1958 — No. 231

La CVF

Nueva Política de Créditos Industriales

La Junta de Gobierno, como ya es de conocimiento público, ha acordado a la Corporación Venezolana de Fomento la cantidad de Bs. 60 millones para atender a las necesidades inmediatas de crédito de la industria. Como organismo de fomento de la producción nacional, y de acuerdo con su Estatuto Orgánico, dicho Instituto atenderá las solicitudes de préstamo que se le hagan con los siguientes fines:

a) Incrementar la producción de las empresas existentes.
b) Crear nuevas empresas.
c) Asistir las empresas en situaciones que impidan su desarrollo normal y el fomento de su producción.

Estos créditos se otorgarán a largo plazo con garantía hipotecaria y a mediano plazo con garantía prendaria o fianza de Banco o Compañía de Seguro. Los descuentos y préstamos a corto plazo se atenderán cuando se trate de operaciones que no puedan ser hechas, en condiciones ordinarias, con otros institutos de crédito, y que resulten en el fomento de la producción de la empresa.

La capacidad técnica comprobada del prestatario, su solvencia moral y material, la finalidad que persiga en beneficio inmediato para la producción nacional y la popsibilidad práctica de alcanzar el fin propuesto, serán requisitos indispensables para la concesión de los préstamos.

Por haberse contraído extraordinariamente la concesión de créditos por parte de la Corporación en los últimos años, lo que lógicamente ha contribuido a producir una situación de escasez y carestía de recursos financieros para las actividades nacionales de producción, y por no disponerse actualmente, por tal motivo, de planes crediticios específicos, el programa inmediato de concesión de créditos que se dispone llevar a cabo el Instituto tendrá alcance a todas las actividades del país, con el fin de aliviar la situación dicha de escasez y contribuir a restablecer las condiciones normales del crédito a la producción. La forma en que se distribuirán, en toda la extensión del país, los recursos disponibles para dicho programa, así como las prioridades y preferencias que puedan merecer determinadas industrias o ramas de la industria nacional, serán establecidas en el curso del desarrollo del programa, con vista de los estudios y antecedentes disponibles sobre el particular, de las perspectivas actuales y futuras de las empresas, de sus condiciones de mercado, del propio movimiento de las solicitudes de crédito y de los datos que en éstas se suministraron o que se obtengan en cualquier otra fuente. El Instituto se ha acogido a este sistema en vista de la urgencia de atender a las necesidades acumuladas de crédito de la industria y para no retardar su acción crediticia con la preparación de planes previos que requerirían espera en situación de apremio.

En el Departamento de Crédito de la Corporación Venezolana de Fomento en Caracas y en las oficinas de los Bancos de Fomento Regional, en el interior de la República, se suministrarán a los interesados los informes que éstos soliciten y las instrucciones y modelos para las solicitudes de crédito.



LA CASA CATOLICA
PASAJE HUMBOLDT - LOCALES: 3 y 5
TELEFONO: 411485
PLAZA BOLIVAR
CATEDRAL
GRADILLAS
PALACIO ARZOBISPAL
PASAJE HUMBOLDT
SOCIEDAD
GRADILLAS A SOCIEDAD
Apartado de Correos: 1268
Dirección telegráfica: CATOLICASA
CARACAS



AÑO XX — Caracas, Venezuela — Abril de 1958 — Nº 231

GRANDES FIGURAS MISIONERAS

VIII

P. JOSE FRANCISCO DE CARACAS

El P. Caracas, figura misional destacada. Datos biográficos. Toma de hábito y profesión. El regreso a la tierra nativa. Recuerdos y evocaciones. Camino de Los Llanos. Sus primeras misiones. Testimonio del Obispo Martí. En Guardatinajas, San Jaime, etc. Procurador de las Misiones y Presidente del Hospicio de San Juan. Recuerdos del P. Caracas. Su muerte y exequias. In memoriam.

Aunque ya en otras ocasiones nos hemos ocupado del P. Fr. José Francisco de Caracas, Capuchino criollo, hoy volvemos sobre el mismo tema con el fin de incorporarlo debidamente a esta Galería Misional, ya que tiene méritos suficientes para ello. Gracias a las pesquisas realizadas durante largos años, podemos ofrecer a nuestros lectores noticias biográficas importantes acerca del P. Caracas.

La colonial Santiago de León de Caracas vio nacer a nuestro misionero el día 3 de marzo de 1745, habiendo sido sus progenitores Don Agustín Gutiérrez Navarrete, natural de Sevilla, y Doña Paula Borges, nativa de Caracas y hermana del Pbro. Don Lorenzo de Borges Méndez, el cual desempeñó el cargo de Deán de la S. I. Catedral caraqueña en los años 1770-1794.

Don Agustín y Doña Paula fueron vecinos de San José de Guama, jurisdicción de la ciudad de San Felipe el Fuerte del Yaracuy, y para la fecha en que su hijo vistió el hábito franciscano (1769), ambos habían fallecido. El P. Caracas llamábase en el mundo DON FRANCISCO JOSE GUTIERREZ NAVARRETE, nombre que le fue cambiado al ingresar en la Orden Seráfico-Capuchina por el que llevó después toda su vida.

Sintiéndose atraído por la vida franciscana y misionera de los Capuchinos, y no teniendo éstos Noviciado en Venezuela, se traslada a España y allí, en el Convento de Sevilla, viste la librea seráfica el 18 de diciembre de 1769, cuando contaba ya casi los veinticinco años de edad. Al año siguiente, o sea el 19 de diciembre de 1770, emite sus votos religio-

sos con la unánime aprobación de la Comunidad sevillana y con inmenso gozo de su alma.

Tres años más tarde, nuestro joven P. Caracas regresa a su tierra natal en compañía de otros siete misioneros andaluces que vienen destinados a la gran Misión de Los Llanos, particularmente para las nuevas fundaciones que se proyectaban en el Apure; la expedición arriba al puerto de La Guaira el 23 de diciembre de 1773.

El hecho de que el P. Caracas, a los tres años de profeso retorne a Venezuela ya sacerdote y misionero, parece indicarnos que cuando ingresó en la Orden tenía terminada ya o muy adelantada su carrera eclesiástica; pues en el caso contrario hubiérase visto obligado a seguir sus estudios, después de la profesión religiosa, en los colegios de la Provincia Bética.

Es muy creíble que los familiares y antiguos amigos de nuestro misionero, hayan bajado al vecino litoral a dar la bienvenida a Don Francisco José Gutiérrez Navarrete, ahora transformado en fraile Capuchino venezolano, acompañándole luego en briosos corceles por el empinado y fragoso camino del pintoresco Avila hasta llegar a la capital, mientras Fray José Francisco de Caracas cuenta las aventuras y anécdotas de su largo viaje y de su estadía en la Madre Patria... ¡Cuántos recuerdos y evocaciones se agolpan en su mente y corazón al contemplar de nuevo la bella ciudad que le vio nacer...!

Pero nuestro misionero, felicitado y agasajado por sus amigos y parientes, no se deja impresionar por las comodidades mundanas que un día abandonara para seguir la vida del POVERELLO DE ASIS; no venía él para disfrutar del suave y fresco clima caraqueño, sino que debía internarse luego en el cora"ón del Llano donde sus hermanos de hábito luchaban con climas calurosos y enfermizos para civilizar y cristianar a las tribus indígenas allí existentes.

Por eso el P. Caracas, después de una corta permanencia en su ciudad natal, incorpórase a las Misiones vivas, y dirígese primeramente a la Misión de Cojedes donde permanece mes y medio con el P. Fr. Gerónimo de Gibraltar; pasa luego casi medio año en la Misión de Tucupido, llano arriba cerca de San Fernando; en 1780 se encontraba de Presidente de la Misión de Iguana, en la que llevaba ya más de cinco años.

El Obispo Martí, en su LIBRO SECRETO sobre la Visita General de su Diócesis, nos habla del P. José Francisco de Caracas, a quien conoció y trató en la Misión de Guardatinajas y en la del Baúl o Boca del Tinaco, con ocasión de la Visita Pastoral que dicho Prelado hiciera a los referidos pueblos en los años 1780-1781 y a la cual asistió también nuestro misionero. Monseñor Martí dejó estampado en su citado libro el siguiente testimonio referente al P. Caracas: "PARECE MUY HOMBRE DE BIEN, VIRTUOSO, EXACTO EN EL CUMPLIMIENTO DE SUS OBLIGACIONES. NADA HE OIDO CONTRA SUS PROCEDERES Y COSTUMBRES".

Y agrega el mismo Prelado que el Cabildo, Justicia y Regimiento de la Misión de Guardatinajas le habían pedido "para su Cura o Misionero a este P. FR. JOSEPH FRANCISCO DE CARACAS, quien no ha reusado, reservándose solamente el dar cuenta a su Prefecto". Y parece que, efectivamente, fue destinado entonces a la expresada Misión, o al menos allí se encontraba en 1783, pues en esa fecha escribió una carta al Cabildo de Calabozo en defensa de su Misión de Guardatinajas.

Por el año 1790 encontramos al P. Caracas al frente de la Misión de San Jaime, villa de españoles cerca del Apure, y después tuvo también a su cargo la de San Miguel de Mantecal y seguramente otras.

A principios de enero de 1794 desempeñaba el importante oficio de Procurador de las Misiones de Capuchinos An-

daluces de la Provincia de Caracas y de Barinas, y ese mismo cargo lo ejercía aún, junto con el de Presidente del Hospicio de San Juan Bautista, en Caracas, en marzo de 1809 y en los años siguientes, que constituyeron el período álgido de la guerra emancipadora, cuyos días azarosos aunados a los desastres causados por el terremoto de 1812, tuvo que presenciar y soportar con sus paisanos los caraqueños.

Debido a los estragos y trastornos ocasionados por el mentado cataclismo, el Gobierno y todos los otros cuerpos políticos y militares eligieron para instalarse, por su vasta capacidad, y sin que el P. Caracas pudiera impedirlo, el terreno cercado de paredes que el Obispo Don Mariano Martí había donado a los Misioneros Capuchinos, en 1788, para la fundación de su Hospicio y Capilla de San Juan. Por insinuación del mismo Gobierno, hubo de permitir el Padre que se acomodase también en el citado terreno Don Bernardo Ferrara, cuya posada y panadería, sita en el centro de la ciudad, había quedado arruinada, a fin de que pudiese continuar su negocio panadero. Esto último, junto con la necesidad de reedificar el Hospicio y Capilla de San Juan, arruinados también por el terremoto, obligó al P. Caracas a vender parte de dicho terreno —30 varas de frente por 81 y media de fondo— al expresado Ferrara, por la suma de 931 pesos y seis reales, para con esos fondos llevar a cabo dicha reedificación.

El P. Fr. Francisco de Caracas fue el último Procurador de las Misiones de Los Llanos y Barinas, y el último Capuchino, también, que regentó la Hospedería de San Juan Bautista. Dejó este religioso una gran fama por las eximias virtudes que le adornaban, y su nombre, pronunciado con veneración por los caraqueños en tiempos pasados, ha sido olvidado completamente por la generación presente. Cuéntase que durante el terremoto de 1812 salió a la plaza con un crucifijo en las manos, exhortando a las multitudes a penitencia y clamando al cielo misericordia; que era incansable en el ministerio apostólico y que vivía solicitando constantemente recursos con que remediar las necesidades de los enfermos e indigentes. Sólo así se explica cómo este santo varón pudo permanecer tranquilo en su monástico retiro en medio de los horrores de la Guerra Magna, sin ser molestado por uno ni por otro bando beligerante.

Pleno, en fin, de años y méritos, entregó su alma a Dios en el hospitalario recinto de San Juan, el 18 de junio de 1827, a los 82 años de edad, recibiendo cristiana sepultura al día siguiente "con entierro cantado por mayor", y el día 20 del mismo mes se le hicieron "honras con vigilia y misa cantada", por el Pbro. Damián Saubens, Cura Rector de la Parroquia de San Pablo.

La inhumación de sus restos mortales efectuóse en la antigua Iglesia de Capuchinos de San Juan Bautista, hacia el quinto arco de la actual, que es donde quedaba el prebisterio de aquélla.

En la capilla del Carmen, de la Parroquia de San Juan, existe una lápida de mármol, colocada allí por Mons. Gregorio Adam, cuando era Párroco de dicha iglesia, y consagrada a la memoria del P. FR. JOSE FRANCISCO DE CARACAS y a la de su hermano de hábito el P. FR. FRANCISCO DE ANDUJAR, sabio Maestro del Libertador.

¡Justiciero homenaje a estos dos grandes Misioneros de Los Llanos de Venezuela!

Fr. Cayetano de Carrocera.
O. F. M. Cap.

Los Motilones Bravos visitan otra vez la Misión

Algo más que huellas. Flechamientos de dos vacas y un caballo. Alarma a media noche. Se llevan sal y ropa. Miedo en el rancho de Porepre. Tranquilo desmantelamiento del campamento del Sucumo. Siguiendo la pista. Regalos inconfundibles y grandes esperanzas.

En la madrugada del 23 de enero nuestros amigos los motilones bravos han vuelto a robar en la Misión. Bueno, a "robar" no, porque lo que queremos los misioneros es que vengan y se lleven todo lo que pueda servirles. Las huellas que se habían visto en nuestra Estación misional del Sucumo o "Shukumu" no nos satisfacían del todo. Se estableció nuestro campamento de la Virgen del Camino con el fin de excitar su curiosodad y provocar un encuentro con ellos. Llevábamos casi medio año sin que volviesen a llevarse alguna cosa de recuerdo.

Mientras los misioneros estábamos reunidos en Maracaibo, practicando los Santos Ejercicios y en Caracas los políticos tramaban la caída del régimen, el Vicario Apostólico se retiró a la Misión del Tucuco para suplirnos en lo esencial de nuestras tareas. Un aviso de Machiques le hace abandonar momentáneamente la Misión del Tucuco, para estar al tanto de los aconteciimentos. A la vuelta juntamente con la caída de Pérez Jiménez la noticia del flechamiento de dos vacas y un caballo. Como es natural todo se unió y la culpa recayó sobre los bachilleres indios del Chaparro o del Tucuco o sobre los pariríes, todos muy expertos en estos lances, aunque no tanto como para suponerles exclusivos especialistas de todas las aventuras nocturnas ocurridas en la Misión.

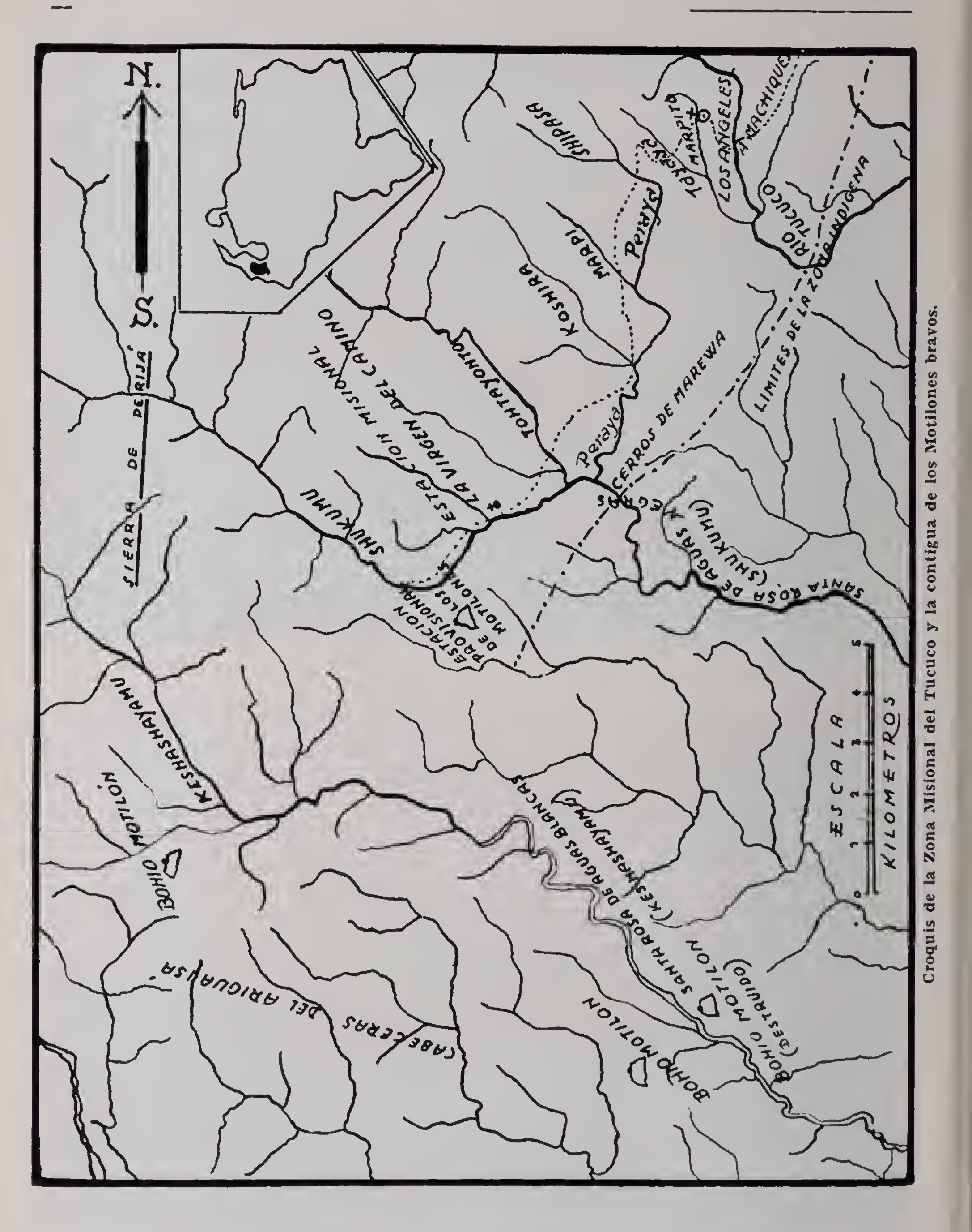
A nuestra vuelta de Maracaibo, tratamos de recoger todos los datos y los mismos indios, tan hábiles para hacerlas como para descubrirlas, nos llevaron al convencimiento cada vez más arraigado de que los motilones bravos no están tan lejos, ni son tan ignorantes de lo que ocurre en la Misión, como alguna vez llegamos a creer.

Al atardecer del día 22 los indios de Irapa que trabajan en la Misión y que en aquellos días se encontraban haciendo sus conucos en la margen derecha de la quebrada de Peraya, notaron algo extraño por los alrededores. Unas pavas huían espantadas. Se corre la voz de alerta entre todos como un reguero de pólvora. "No hay duda", es la decisión unánime; "moteru está cerca". No tienen flechas, para defenderse y, aunque así fuera, los misioneros han dado la orden de no atacarles de ninguna manera. Es mejor volver a la Misión, ha decidido el jefe Anane. Todos regresan antes de terminar el trabajo silenciosos. A nadie dicen nada, para que no les llamen cobardes.

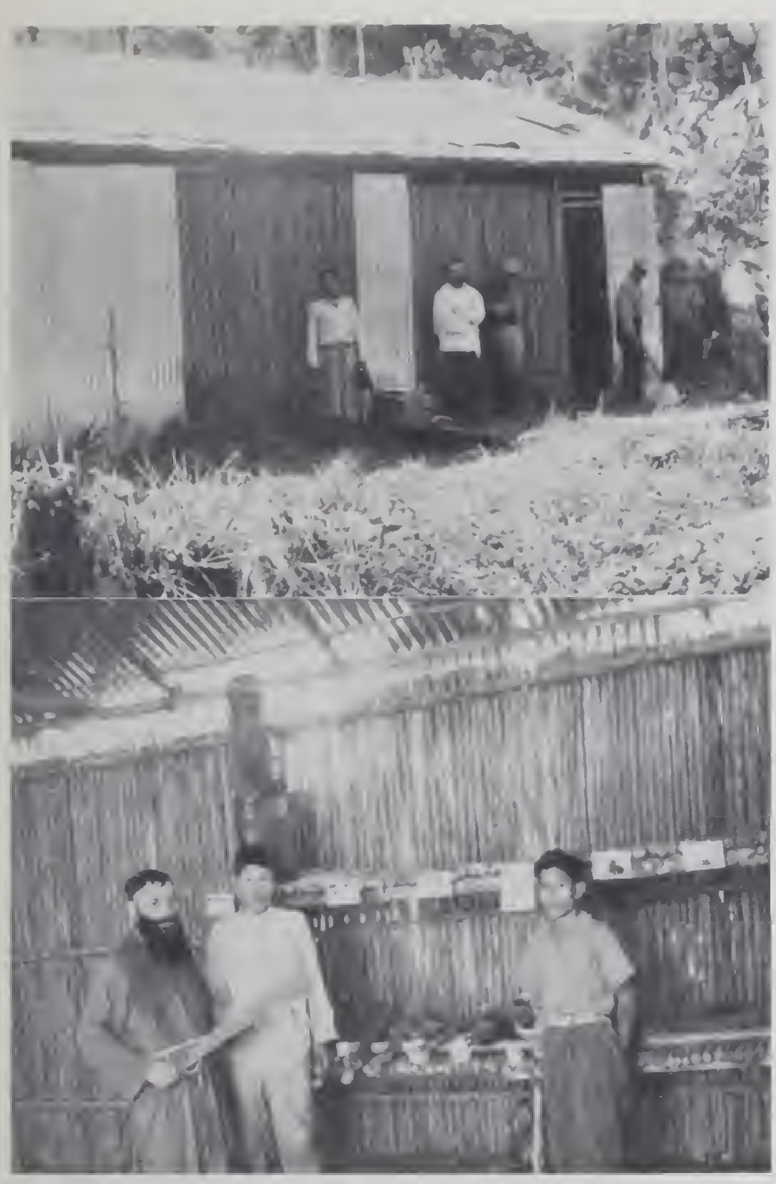
Pasada la media noche fuerte ladrido de perros. Todos se sienten seguros y nadie hace caso. Ya casi de madrugada las Hermanas Misioneras notan que alguien va y viene por el patio exterior del Internado; mientras tanto otros intentan saltar la cerca del ganadero mayor, pero el perro guardián defiende valientemente sus dominios y los asaltantes ceden en su intento; algunos van en dirección al campamento de los trabajadores criollos; al notar los asaltantes que han sido descubiertos se dan a la huída; mientras tanto el ganadero mayor tiene la valentía de llegarse a encender la planta eléctrica. Esto hizo que todos se pusieran precipitadamente en fuga, no sin haberse llevado toda la ropa que cayó en sus manos.

Arriba: Hermosa vista lateral del Centro Misional "Los Angeles del Tucuco", tomada desde la margen izquierda del río Tucuco.

Abajo: Vista del frente del mismo Centro.



Croquis de la Zona Misional del Tucuco y la contigua de los Motilones bravos.



Arriba: Estado en que va quedando el campamento misional del Sucumo al llevarse los Motilones las planchas de zinc; abajo: Los misioneros depositando sus regalos en el mismo campamento para que se los lleven los Motilones en su próxima visita. Con el misionero está Yesame, el mayor de los "chibios".

Otras veces que no han llevado tanto miedo en la huída, se contentaron con dejar alguna flecha clavada en el suelo como recuerdo. Esta vez dejaron tres clavadas en tres pobres animales indefensos.

Al volver al trabajo, nuestros indios ven numerosas huellas por la quebrada de Peraya. Se llevaron también una lata de sal, dejándose una de manteca, que tenían allí los de Irapa en sus conucos.

Algunos de los trabajadores indios, entre ellos el jefe de los policías que son linces, para descubrir cuanto les interesa, fingen que tienen ganas de ir a pescar en Santa Rosa. Van a



Los tres misioneros seglares de Acción Católica, visitan el campamento misional en la Estación de la Virgen del Camino, antes de la llegada de los Motilones.

nuestro campamento del Sucumo y se encuentran con que lo están desmantelando, arrancándole las planchas de zinc. Observan gran cantidad de huellas por los alrededores, siguen su dirección y en vez de pescar se vuelven otra vez a la Misión, para comunicar la noticia a los Misioneros.

Se ha averiguado también que en aquellos mismos días se acercó gente extraña al rancho de Porepre, quien ya experimentado en antiguos ataques de los motilones, decidió inmediatamente huír por las montañas hacia Irapa.

Para nuestros indios no hay duda. Otra vez los motilones bravos han estado en la Misión.

En compañía del P. Prudencio de Santelos, de Nemesio Anane, nuestro jefe civil, de Atape y de Pete y de un grupo de los internos mayores entre los que va también Yesane, el mayor de los "chibios", salgo en excursión a nuestras avanzadillas del Sucumo, para contemplar con gozo los efectos de la presencia de nuestros amigos. Efectivamente, son diez las planchas de zinc que han arrancado, todas de las paredes del campamento; se nota también un intento de arrancar una del techo; ocho de ellas han desaparecido; dos están en el suelo. Posiblemente no pudieron llevárselas de una vez y las han dejado para la vuelta; faltan dos hachas que les habíamos dejado y un barretón. El cuadro de la Virgen del Camino lo descolgaron de su sitio, tal vez intentaron llevárselo, pero no lo creyeron de utilidad y lo dejaron fuera del campamento. Se nota que no han intentado hacer daño; solamente llevarse aquello que juzgaron útil para sus ranchos.

Estuve la última vez en esta nuestra Estación misional con nuestros Misioneros seglares de Acción Católica por las fiestas de Navidad. Encontramos la hierba bastante crecida y la salida hacia el río completamente cubierta; con el ánimo de facilitar la entrada a nuestros esperados motilones, les limpiamos el camino y los alrededores del rancho. Sin duda que ello contribuyó a orientar su curiosidad en su último paseo por el río.

Después de observar el interior y los alrededores ,nos decidimos a seguir río arriba con la intención de descubrir

nuevos datos que nos pusieran en la pista de los amables ladrones. La dirección del rio, al remontarlo es de franca dirección hacia el primer bohío motilón hasta la mitad del valle, que forman la Sierra de Perijá y la continuación de los cerros de Marewa. A la distancia aproximada de poco menos de un kilómetro en la margen derecha del rio veo escondida entre la maleza una de las planchas de zinc; seguimos adelante con ánimo de encontrar las demás, pero fueron inútiles todas nuestras pesquisas.

Señalamos el sitio exacto donde en nuestra próxima excursión se celebrará la Santa Misa y hasta donde se ponlongará nuestro camino.

Antes de emprender nuestro regreso a la Misión dejamos en el campamento regalos inconfundibles: media docena de machetes, según el cálculo aproximado de indios motilones que nos han visitado, unas ollas, algunas tazas, uno de los hábitos de mi uso y varias fotografías de los misioneros, de las Hermanas, de los niños internos y de la Misión. Con esto quedamos a la expectativa de otra nueva sorpresa.

Fray Adolfo de Villamañán,
Misionero Capuchino.



El "Valle de los Motilones".

Aventuras y Desventuras de Etatkape, India Yukpa de Períjá

Llega al Centro Misional "Los Angeles del Tucuco". Con las Hermanas Misioneras. Una grave denuncia. Intenta huir con su confidente. Su matrimonio con Imanchi. Nueva fuga. Pelea de Pete con su esposa y sus graves consecuencias. Imanchi atenta contra su vida. Etatkape se marcha de nuevo. Sucesos trágicos. La famosa india desaparece totalmente.

En las páginas de "Venezuela Misionera" se dio cuenta —hace ya algùn tiempo— de la llegada al Centro Misional "Los Angeles del Tucuco" de una indiecita de unos catorce años. Venia hambrienta, sucia, con una pedazo de mugrienta cobija por todo vestido; atraviesa precipitadamente el comedor de las Hermanas Misioneras y va a esconderse en un rincón de la casa.

Instantes después llega un indio de avanzada edad acompañado de doce indigenas armados de arcos y flechas: es Carlos Luis, cacique y jefe de la expedición que, amenazando con sus arcos a las Hermanas, reclama furioso a la fugitiva, que huyò del rancho en "plena luna de miel".

Pese a las amenazas, la refugiada se niega a regresar al lado de su marido, y se queda voluntariamente con las Hermanas Misioneras. Al dia siguiente, ya bien vestida y aseada, no parece la misma; ayuda a las buenas hijas de la Madre Rafols en los quehaceres domésticos; come con verdadero apetito hasta saciarse, queriendo recuperar el tiempo perdido en la sierra.

Permanece así varios meses en unas auténticas "bodas de Camacho"; luego observan las Hermanas en Etatkape —nombre de la indiecita— un cambio muy brusco: hace lo que se le antoja, no obedece a nadie, no piensa más que en comer y engordar; las Misioneras temen con razón que termine mal...

Al llegar yo a la Misión, la india Churo viene en carrera tendida a comunicarme haber sorprendido a Etatkape en un grave desliz con "uatia" (criollo o civilizado). Ante todos los trabajadores criollos reunidos, el culpable confiesa su delito, e inmediatamente es despedido del Centro Misional; avergonzado, con los corotos a la espalda y la noche encima, sale en busca de nuevos rumbos.

La culpable, informada minuciosamente de los acontecimientos, se salta por una ventana y corre a unirse con su confidente.

—¡Marko, Marko!, grita a pleno pulmón la mencionada india Churo, Etatkape se marcha con "uatia".

Acompañado de Pete, hermano de la fugitiva, y de Ekoncha, salimos a cortarle la retirada; afortunadamente el río Tucuco, crecido, le impide el paso.

Trato de convencerla con infinidad de razones para que regrese con nosotros a la Misión, pero es predicar en desierto..., Ekoncha, indio de poca paciencia y mal talante, asiéndola de su larga y negra cabellera, la arrastra largo trecho para obligarla a volver; Pete, furioso, trata de localizar al criollo escondido en la espesura de la selva para darle su merecido. pero siendo imposible por la oscuridad de la noche, lanza contra él maldiciones e insultos.

Entregamos la indiecita a las Hermanas; la Rvda. M. Beatriz, con cariño verdaderamente maternal, le da muy buenos y sabios consejos para que olvide todo lo pasado... En los primeros dias se observan señales de arrepentimiento, pero desgraciadamente duran poco tiempo.

El 18 de octubre, al romper el alba, el indio Pete y yo nos vemos obligados a subir a Etatkape a la ranchería indígena de Bosi. Cruzamos el Tucuco infinidad de veces, en ocasiones con el

agua al cuello; el rio nos sirve de camino. A las once de la mañana llegamos felizmente a la meta; la central telefónica de los indios se conecta inmediatamente (ésta consiste en gritar desaforadamente de rancheria a ranchería, distantes varios kilómetros unas de otras):

Pete se encarga de buscar marido para su hermana. A las tres de la tarde saludo cariñosamente al nuevo esposo de Etatkape: es el bendito y conocido Imanchi, viudo, de cuarenta años de edad. Al preguntarle si quiere a Etatkape para "mamita" (mujer) la alegría se refleja en su semblante; mas ella a la misma pregunta contesta con un rotundo "ua" (no).

El patriarca Marente me llama para comunicarme que debo llevar yo a la indiecita a la presencia de su prometido; un apretón de manos será suficiente para quedar casados; ella se niega, me confiesa sinceramente no querer a ese hombre. Miyiji, el indio más alto y fornido de toda la sierra, primera autoridad de Bosi y sus contornos, a empujones la lleva a presencia de Imanchi y la obliga a dar la mano al nuevo esposo Y creen que ha quedado casada.

La india, pensativa y triste, se retira y apoya su cabeza sobre un árbol. Comunico a Aknani, indio bastante civilizado, que esa pareja no ha quedado casada. —"Sí, Marko, ya quedar casados", responde convencido Aknani. Imanchi, sin despedirse de nadie, recoge su arco y flechas para dirigirse a su rancho; la nueva desposada con idéntica ceremonia toma también una bolsa llenita de ropa para seguir a su marido.

Para celebrar la fiesta me invitan a cenar; el menú consta de yuca cocida y un par de huevos bien fritos (éstos sólo para el huésped); los miro y remiro... y se apodera de mí cierta curiosidad por saber qué clase de aceite se ha empleado. Transcurridos varios días, me entero que los huevos habían sido condimentados con grasa de cucaracha, producto muy abundante en esas rancherias; afortunadamente la digestión ya estaba bien hecha, y debo confesar que me supieron a gloria.

Al dia siguiente, tempranito, acompañado de mi fiel guía Pete, regreso a la Misión.

26 de octubre. — Hace exactamente una semana de la celebración del matrimonio. Imanchi, en "plena luna de miel" baja con su costilla a la Misión; le compra dos vistosas batas; almuerzan en la paz y gracia de Dios, y salen en busca de toronjas a la hacienda "Gran China"; allí precisamente se encuentran con el pícaro criollo colombiano que había engañado a Etatkape, el cual se acerca a ella para regalarle unas naranjas con la intención de seducirla de nuevo. El indiecito Aztape, que acompaña a la pareja, descubre a Imanchi las intenciones del criollo; Etatkape regresa a la Misión llorando, y su esposo muy disgustado.

A las once de la noche me avisan que Imanchi se marcha desesperado a Makoa (este lugar lo consideran los indios irapeños como el fin del mundo); a las seis de la mañana regresaba de nuevo; su joven esposa con una menure lleno de ropa finge que va a subir al rancho de su esposo para quedarse allí tranquila; la india Eksiripa me avisa, y salimos para espiar sus pasos; la sorprendemos río abajo camino de la Gran China, donde piensa juntarse con el criollo de marras; sin dificultad vuelve con nosotros a la Misión.

Este mismo día ocurre otro hecho desagradable: Pete pelea con su mujer Pichisi y abandona la Misión; sin perder un instante salgo a su encuentro y le obligo a detenerse cuando cruzaba el río; le pido explicación de lo sucedido: "Marko, yo mucha lengua con Pichisi, y marcharme a Makoa y ya no volver más". Gracias a nuestra buena amistad, logro convencerle para que regrese y perdone a su mujer. Aparentemente todo ha quedado tranquilo.

Poco después Etatkape y Eksiripa me avisan que ahora es Pichisi la que huye para Makoa, y que Pete se quiere matar. Salgo a cortarle la retirada; la detengo en el camino, y me promete seguirme hasta la Misión; pero me hace una jugada, se interna en la selva y desaparece para regresar dos días después. Pete en su deseseperación ha intentado ahorcarse; afortunadamente, al lanzarse al vacío desde el árbol trágico, se rompió a tiempo el bejuco empleado y se salvó; en su cuello se observan bien claras las señales. Para evitarle nuevas tentaciones le quito la escopeta de su propiedad.

Imanchi, que nos ha dejado dos días tranquilos, al fin desesperado se marcha de nuevo; hago dos viajes con un sol abrasador, llegando hasta el rancho del indio Kututa, pero no consigo localizarlo; al regresar de mi segundo viaje, inspecciono palmo a palmo la selva contigua al sendero; mi susto es grande al verlo escondido en oscura cueva formada por enredaderas y maleza; da la impresión de estar ahorcado... me acerco y observo que se ha clavado una flecha en el abdomen... ¡Imanchi! —¿Por qué hiciste eso?

—Marko, tú no llevarme a Misión, yo querer morir aquí; Etatkape, mucho cabeza maluca, querer a Makírita.

En la enfermería del Centro Misional la Hermana enfermera, con cariño de verdadera madre, le cura la herida, de lo que brota sangre en abundancia. Para evitar nuevas complicaciones, pago a Imanchi varios jornales que se le deben para que suba con su mujer a la ranchería de Bosi. El bendito Imanchi le compra otras dos vistosas batas, y se encamina a la sierra.

Etatkape le hace una nueva jugada... intentando nuevamente unirse al criollo que la tiene trastornada.

Amanece el nuevo día muy espléndido; el Astro Rey con sus refulgentes rayos acaricia y saluda gozoso la verde selva y las cristalinas aguas del Tucuco; mas ¡ay! gritos lejanos vienen a perturbar la paz del nuevo día; acompañado de varios indígenas me dirijo al lugar de la gritería, quedando muy extrañado y sorprendido al ver a Imanchi que a grandes voces llamaba a su mujer creyéndola extraviada.

Ensillo el caballo, y salgo para tratar de localizar a la india en alguna hacienda próxima. En una posesión de la Sierra, un indio guajiro me asegura haberla visto pasar a media noche. Recorro ocho haciendas más del Bajo Tucuco, pero nadie ha visto a la fugitiva, sospechando que algún criollo la tenga escondida.

Así era en efecto; en la hacienda que yo sospechaba la encontró el P. Juan Evangelista; en el caballo la trae a la Misión, y allí un barbero improvisado le corta el pelo al cero, juzgando que de esa manera dejaría tranquilo a su marido y a la Misión. Su hermano Pete la sube a Bosi y la entrega al esposo.

Pero Etatkape, que parece hubiera perdido la cabeza, aquella misma noche sigilosamente recoge sus ropas, inclusive varios pantalones y camisas de su marido, y huye de la ranchería.

El 10 de noviembre Imanchi baja a la Msión dsesperado para marcharse a Makoa; a fuerza de insistirle logramos se quede trabajando en la Misión. Seis dias más tarde me avisan que Etatkape estaba en la hacienda "La Cordillera"; salgo en busca de ella y logro convencerla que regrese al lado de su esposo; me sigue muy tranquila, pero ya cerquita de la Misión, con pretexto de cierta necesidad, se esconde y desaparece nuevamente.

Comunico a Pete lo sucedido, y éste, acompañado de Aztape, salen inmediatamente, mas no encuentran ni huellas. Al dia siguiente Pete cabalgando en una mula, sale de nuevo en busca de su hermana. Al fin da con ella en la hacienda "Gran China"; ella se niega a regresar, y Pete armado del primer palo que encuentra, le rompe la cabeza a golpes. Sangrando la obliga a seguirle, pero ella, valiéndose de su consabida y refinada astucia, se esconde en la espesura de la selva, y desaparece para no volverse a tener más noticias de ella...

Fray Marcos de Yudego,
Misionero Capuchino.



Vista lateral izquierda de la Misión del Tucuco.

HA MUERTO EL P. NICOLAS

Un Religioso Capuchino que ensancbó las Fronteras de la Patria Venezolana

por G. B.

Luego de una jornada gloriosa llena de sacrificios y dignidad, ha caído este heroico soldado de las huestes de San Francisco. Dio a la Patria lo mejor de la vida, su juventud promisora, su inteligencia luminosa, su bondad franciscana, su trabajo de todos los minutos.

Fue de los primeros que se alistó alegre a la ardua tarea de incorporar las indiadas de la Gran Sabana al patrimonio ciudadano de la Patria venezolana. Cuando no había carreteras, ni aviones, ni frigoríficos, ni enlatados, ni agua fría en termos acondicionados, ni radiotransmisores; cuando lo que había en los caminos de Venezuela eran serpientes venenosas, asesinos y ladrones a la vuelta de veredas solitarias, indiferencia e incomprensión en los altos sitiales del oficialismo de turno, ignorancia sobre el significado de las Misiones en región de infieles, llegó a nosotros el Padre Nicolás con otros héroes de la Capuchina Orden a trabajar en ese medio físico realmente desesperante, inhóspito, duro, amargo, depresivo. Caminatas a pie de diez y veinte leguas por caños y laderas, por faldas sembradas de espinas y montañas bravías donde las arañas-monas, la culebra traidora, el caimán y el tigre acechan constantemente. Y le dio la batalla al medio duro, se enfrentó a la ferocidad del hombre de la selva, a la ferocidad del indio sin noción de Dios y de Patria. Y ganó la batalla. La ganó para Venezuela, que dignificó con su empeño titánico, que santificó con su sandalia misionera, que elevó en sus hombres y mujeres a los cuales llevó a Cristo y enseñó el difícil arte de amar la Patria.

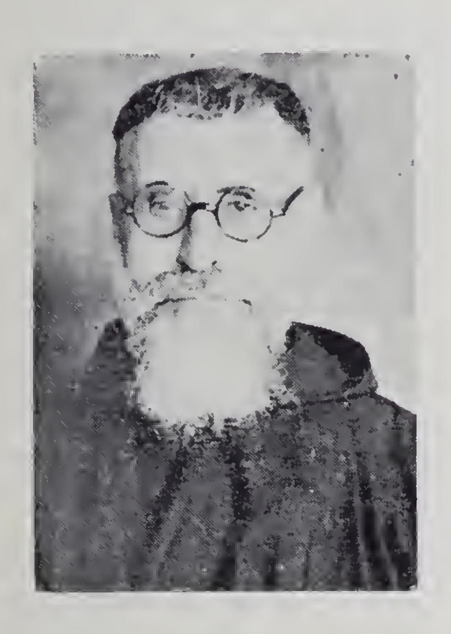
Después de cruel enfermedad, de un mal que llevaba consigo y le fue minando la vida, pero que no le doblegaba su recia contextura espiritual, ha caído el heroico pionero de la Patria Venezolana, el que con su palabra, su temple apostólico, su bondad y su fe ensanchó las fronteras de la Patria y puso, con energía de libertador, un límite a la penetración extranjera en el Sur de Venezuela.

Venezuela está comprometida en honda gratitud con estos heroicos misioneros de la aguerrida Orden Capuchina. A ellos debemos servicios incalculables. No solamente han sido historiadores notables, escritores y poetas de grande valimiento, virtuosos sacerdotes, confesores de Cristo de relieve singular, autores de libros sobre lenguas indígenas, sabios de laboratorios, constructores de santuarios y directores de almas, de acierto en el consejo y luces de Dios, sino también defensores apasionados del patrimonio nacional, amigos decididos de la Patria a la cual han dado todo, hasta la vida, como el caso del Padre Nicolás de Cármenes cuya muerte hoy lloramos conmovidos y silenciosos.

En esta hora de dolor para muchas almas que el Padre Nicolás guiaba con sus consejos inspirados por el Cielo, cuando en las Casas Capuchinas de Venezuela doblan a duelo las campanas de sus iglesias, ha hecho su entrada a la Mansión de los Santos el alma nobilísima de un apóstol cuya vida entera se dedicó a la dignificación de la Casa de Dios en el embellecimiento espiritual de sus hijos, y a la tarea mil veces noble y heroica, de ensanchar y civilizar las fronteras de la Patria Venezolana.

IN MEMORIAM

EL P. NICOLAS



El día 21 de marzo último, en el Centro Médico de San Bernardino, a donde había sido llevado días antes, descansó en la paz del Señor el M.R.P. Nicolás de Cármenes, veterano misionero del Caroní, uno de los fundadores de dicha Misión.

Había nacido en la población leonesa de Cármenes, España, el 25 de diciembre de 1881, habiendo sido sus padres don Pelayo Fierro y doña María García; vistió la librea franciscana el 31 de julio de 1899, haciendo su primera profesión el 31 de julio del año siguiente, y la solemne el 2 de agosto de 1903; su ordenación sacerdotal tuvo lugar el 5 de junio de 1909.

En los años siguientes se dedicó, con la actividad propia de su carácter, al ministerio de la predicación en España, hasta que los Superiores le destinaron a Venezuela, a donde llegó el 2 de marzo de 1914, prosiguiendo aquí con mucho éxito su apostólico ministerio.

Más tarde fue trasladado a Cuba con el cargo de Párroco y Vicario de Bayamo, donde, entre otras muchas obras, levantó la casa parroquial y dio digno remate a las importantes obras de restauración de la Iglesia Matriz.

Ejerció también, en años sucesivos, el cargo de Párroco y Vicario de Utuado, en la isla de Puerto Rico; allí fundó el Consejo 70 de Caballeros de Colón. Su brillante actuación en Utuado le mereció grandes elogios del Prelado diocesano.

En 1924 vino a Caracas y en setiembre del mismo año partió para la recién fundada Misión del Caroní junto con los primeros misioneros fundadores. En aquel Vicariato Apostólico desempeñó los siguientes cargos: Párroco de El Callao, Secretario del Vicario Apostólico, Párroco de Tucupita, Vicario parroquial de Guasipati, Superior de Santa Elena y de Luepá, Párroco de Upata y Consejero en dos ocasiones del Superior Regular de la Misión.

En 1940 fue a España a descansar por varios años, regresando nuevamente a Venezuela, donde permaneció hasta su muerte; estuvo primeramente en Valencia y después en Caracas-La Florida, donde ejerció el cargo de Capellán de San Rafael, siendo en todas partes querido y admirado de todos.

Como hechos especiales de su vida misionera, debemos destacar los dos siguientes: En 1929, acompañado del R.P. Ceferino de La Aldea (hoy Mons Gómez Villa), hizo una excursión im-

portante por el interior de Guayana con el fin de obtener noticias de aquella interesante región y ver si se podía instalar allí un Centro Misional. A principios de enero del expresado año estaban ya en Ciudad Bolívar, y hechas las provisiones necesarias y tomados los debidos informes, partieron el día 15 del mismo mes para La Paragua, San Pedro de las Bocas, remontando luego los ríos Caroní, Urimán y Carrao, explorando la bella región de Camarata, Sierra de Lema y selvas del Alto Caroní, para regresar por El Dorado a Tumeremo a fines del mes de marzo.

En 1930 Mons. Alonso Nistal, Vicario Apostólico del Caroní, acompañado del referido Padre Ceferino, hicieron un viaje de exploración a la Gran Sabana; y como resultado de las noticias obtenidas, se determinó fundar la primera Casa-Misión en aquella altiplanicie, siendo designados para llevar a cabo los Padres Nicolás de Cármenes, como Superior, y Maximino de Castrillo con el Hno. Fr. Gabino de San Román, los cuales salieron para su destino el 27 de febrero de 1931, teniendo que hacer un largo y penoso viaje a través de la Gran Sabana, todo a pie, y llegando a las proximidades de la frontera del Brasil el 28 de abril, donde establecieron el primer Centro Misional titulado "Santa Elena del Uairén". El Padre Nicolás permaneció allí hasta el año 1936 en uqe fue nombrado Superior de la otra Casa-Misión que se había fundado en 1933, denominado "San Francisco de Luepá".

Querer enumerar las penalidades, privaciones y trabajos que los misioneros tuvieron que soportar en aquellos primeros años de labor evangélica, en la Gran Sabana, es una empresa difícil por no decir imposible; pero están muy satisfechos por ello, porque ..eron a conocer aquella bella y pintoresca región, hasta entonces casi ignorada; porque gracias a ellos se creó una guardia de frontera y se expulsaron los protestantes adventistas, que furtivamente se habían infiltrado desde la Guayana Inglesa, quedando así salvaguardados los intereses de Venezuela; porque las Misiones Capuchinas han sido factores muy importantes en la obra cultural, religiosa y civilizadora de aquella interesante altiplanicie venezolana.

El Padre Nicolás, uno de los principales apóstoles de la Gran Sabana, se nos ha ido a descansar, y también seguramente a recibir la recompensa merecida por sus muchas obras buenas y sus grandes virtudes.

¡Que descanse en paz y ruegue por nosotros!

Fr. CAYETANO DE CARROCERA,
O.F.M. Cap.





Retablos de mi Vida Misionera

por Fr. Basilio Mª de Barral Mis. Cap.

(Continuación)

Validos y tintineos...

Llegó el sábado, dia en que los hijos del Seráfico Padre San Francisco honran particularmente el misterio de la Inmaculada Concepción, Patrona de la Orden.

Terminado el quehacer diario y puesto el remate a las preocupaciones materiales de la semana, nos dirigimos a la capillita de la Misión, para coronar a María, nuestra Madre y Reina, con la corona florida y diariamente renovada, del Santo Rosario y obsequiarla con el canto de la Salve y los **"gozos y loores"**, tradicionales en la orden, con variantes apropiadas para la Misión.

Se rezó el Santo Rosario, dirigido por el Hermano Fr. Faustino de Lieres (q. e. p. d.) y dos de los indiecitos, que se turnaban cada semana. Y puestos después todos de pie, se entonó la **"Salve, Regina"**, la entrañable plegaria de la divina saudade. ¡Cómo resbalaban las agridulces mieles de esta oración sin par en los labios de los pequeños indios...! Las voces de éstos no eran voces; eran validos de corderos llamando a su Pastora, tintineos de esquilas del rebañito de la Virgen.

Finalizó la Salve y se entonaron los "Loores de la Divina Pastora", el canto que en los labios de los Misioneros Capuchinos españoles ha resonado millares de veces en las selvas y caños del Delta:

Bendita, bendita,
bendita seáis vos,
Divina Pastora y Madre de Dios.
Los ángeles cantan con gran devoción
que vos sois la Reina
y Madre de Dios.
Queremos, Pastora, darte el corazón
porque eres la Madre
del Hijo de Dios.

Aquí se me figura ver a la Santísima Virgen asomarse sonriente desde una es-

trella. Y pensaba: ¡Con qué complacencia aceptará esa buena Madre desde el cielo estos anhelos de los hijos de las selvas...!

¡Oh, dulce Pastora! Tened compasión
de los pobres indios
que buscan a Dios...

Al llegar aquí ya el alma no podia resistir la bateria de tantas emociones; pero los niños seguían, impertérritos, cantando a su Pastora, y acosando terriblemente el corazón del misionero:

Vos sois la Pastora que cuida a Jesús.
Cuidad de los indios
que abrazan su Cruz...

A quienes no hayan misionado entre indios, no les será fácil hacerse una idea de las impresiones que estas escenas producen en el alma generosa e ingénua del misionero, que lo es de verdad. Con ellas recompensa, en parte, el buen Dios, aún en esta vida, la abnegación y el sacrificio de sus apóstoles.

Regocijo en el cielo

Otra de esas grandes satisfacciones nos estaban reservadas para algunos días más tarde, fiesta de la Santísima Trinidad, por celebrarse ese día el bautismo de siete catecúmenos del Internado, cuatro niños y tres niñas, a quienes pusimos, respectivamente, los nombres de Antonio, Luis, Tomás, Cirilo, Emilia, Pilar y Onésima.

La fiestecilla, aunque improvisada, no dejó de resultar simpática en extremo y muy entrañable por su aire familiar, tan en consonancia con el espiritu franciscano.

Aquel día la Divina Pastora introducia siete ovejitas, sacadas del fango, en el redil del Pastor de los Pastores. ¡Sería de ver el regocijo que habria en el cielo, si por una oveja perdida que se recobra, hacen tanta fiesta los Angeles de Dios...!

"Oh, Sacrum Convivium !"

Vino al poco tiempo la fiesta del **Corpus**, dia en que recibí, podemos decir, mi bautismo de fuego, o, como dicen los toreros, mi "alternativa" misionera, por ser la primera vez que hablaba públicamente a los indios.

Pero no era tarea tan fácil introducir en aquellas cabezas aborígenes la inefable teología del **"Mysterium Fidei"**...

"¡Oh, Sagrado Banquete,
en el cual se recibe a Cristo;
se refresca el recuerdo de su Pasión;
el alma se llena de gracia
y se nos da una prenda de la vida futura!"

¿Qué ángel, Señor, enviarás del cielo para que toque mis labios con el carbón encendido? Porque me siento, Señor, tartamudo, como un niño, y no acierto a romper a hablar...

La verdad. Estaba perplejo. Y no era lo selecto y culto del auditorio, lo que me producia tal perplejidad, sino todo lo contrario; que no es problema tan complejo hablar a sabios, como hacerse comprender por ignorantes.

Mas, pese a mis preocupaciones de novato, a la hora del "careo" la platiquita fluyó como un arroyo, "sin carraspeo ni tos", como dicen en Extremadura, enjundiosa y fervorosica como las mejores de la serie...

Toda ella giró alrededor de las primeras palabras de la antífona de las segundas vísperas de la festividad, **"Oh, Sacrum Convivium**, etc". Se hablaba en ella de "Banquete Celestial", de "Pan de Angeles", de "Manjar de las almas": ideas que por sobrenaturales y divinísimas que sean, para hacerlas asequibles a los guaraúnos (y allí lo eran todos en cuanto a la lengua, aunque no lo fueran de raza), es preciso contraerlas a su expresión elemental, **alimento, comida**; términos que forzosamente han de ser traducidos a la lengua vernácula por la palabra najoro ("lo que se come"). Y es ésta, precisamente, la palabra que mejor entienden ellos de su vocabulario.

¿Qué otro tema mejor para atraer y retener la atención y el interés de los indios guaraos?

Ahora bien. Del provecho espiritual que mis oyentes sacasen de la plática no sería yo quien respondiera. Mas que permanecieron atentísimos, con los ojos clavados en mis ojos y casi sin pestañear, no sería perjuro si me atreviera a jurarlo.

Más de una vez los vi abriendo ampliamente la boca; y no creo fuera de sueño, ya que eran las tres de la tarde, ni tampoco de asombro por el "Gran Misterio", ya que el asombro, y menos por motivos espirituales o literarios, es ave desconocida entre los indígenas de este hemisferio...

Les hablaba en aquel momento del "Banquete Celestial". Mas yo apostaría, sin temor de perder, que ellos se estaban regodeando morosamente con el recuerdo del "zancocho" de yuca dulce con **ají** y morocoto fresco, que, como extraordinario de la festividad, habían comido a las once y media. De eso no tengo duda.

Y bien , señores. Si hay distintos caminos para ir a Roma, también los hay para ir a Dios. Y yo creo que si Dios ha puesto el sabor en los manjares, el sabor de los manjares debe ser uno de los peldaños de la escalera que nos lleva a El. ¿No practicó varias virtudes Santa Teresa en el acto de tomarse un huevo? Pues dejemos al guarao que busque también a Dios por el "zancocho" de morocoto fresco con **ají** y yuca dulce. Y para remachar, diré de un fraile (¡nada menos!) que se hizo fraile porque le gustaba el pan de trigo... Y Dios se valió del pan de trigo para hacerlo un gran misionero y tal vez un gran santo...



Viaje por la Gran Sabana o Alto Caroní (Edo. Bolívar, Venezuela)

por **Don Alcuino Meyer**, O.S.B.

18 de febrero a 12 de abril de 1931

sioneros. Hablaba también de la necesidad de hacer una pica e indicaba la gran conveniencia de usar la vía aérea. Todo esto lo informó en los meses de septiembre y octubre de 1930. (Ver MEMORIA DE RELACIONES INTERIORES, año 1930, páginas 559-561).

5º—A consecuencia de este informe, se creó la Inspectoría de Fronteras por Decreto de 14 de noviembre del mismo año y en el sentido pedido por Monseñor. El fue quien presentó al señor Montes de Oca para Primer Jefe de la misma. — (Ver MEMORIA DE RELACIONES INTERIORES, año 1930, página 98).

6º—A principios del año 1931, el señor Montes de Oca organizó la primera expedición. Detrás de él salieron de Upata, el 27 de febrero, Monseñor Alonso Nistal, el P. Ceferino, el P. Nicolás, fray Gabino de San Román y el P. Maximino de Castrillo.

De momento los Misioneros pensaron establecerse en el caserío indígena de Ají, cercano a Luepá; pero, después de conversaciones del señor Obispo y el señor Montes de Oca resolvió Monseñor que los Misioneros fueran a establecerse en el mismo Akurimá, a donde llegaron el día 28 de abril, precisamente por estar allí más arraigados los protestantes y por la posibilidad de establecer relaciones económicas con el Brasil mejor que con la parte civilizada de Venezuela.

Todavía andaba el P. Alcuino por Uonkén y Apoipué, y ya estaban nuestros Misioneros dentro de la Gran Sabana, sin saber los unos de los otros.

(Esta N. B. es una adición del P. Cesáreo de Armellada).

DIA 20 DE FEBRERO de 1931.—Pasamos por campos generales o sabanas, algunos ratos por matorrales, unos pequeños y otros mayores, y siempre subiendo sierras o bajando laderas y lomas. Riachuelos, que atravesamos en el trayecto: Uará, Kanaupán, Kavanayén, etc., algunos de muy difícil travesía para la mulita, de tal forma que varias veces tuvimos que quitar la carga del lomo de la mula y pasarla a espaldas de la gente. Eran dos maletas de cuero crudo (como las fabrican los vaqueros de Piauí) conteniendo los enseres para la celebración de la Santa Misa y celebración de los Bautismos, libros, dos sacos con ropa, red de dormir o chinchorro, cobija y demás equipaje, con algunos comestibles.

Habiendo partido temprano de Santa Elena, muy pronto, a las 8.30 horas encontramos un grupo de indios de Akurimá, que iban en nuestro mismo rumbo a cazar dantas. Me llamó la atención, por lo bien ejecutado, el trabajo de limpiar la senda a través de un largo matorral, hecho por el tuxaua José Armando. A las 13 horas llegamos al riachuelo y campito de Apapiatei, donde acampamos para una refección frugal. Altitud aproximada, 1.120 metros. Proseguimos viaje a las 14 horas. Punto más alto en la sierra de Kavanayén, cerca de 1.300 metros.

El tiempo nos fue favorable, aunque amenazador desde la mañana; lloviznа a mediodía; a la tarde quedó el

cielo negro como el carbón y se oían truenos a lo lejos. Acampamiento para pasar la noche, a 1.120 metros de altitud, más o menos. Temperatura a las 18 horas, de 25 grados. Durante la noche fuimos varias veces sobresaltados por la lluvia, que nos obligó a soltar los chinchorros y guarecernos debajo del follaje.

DIA 21 DE FEBRERO de 1931.—Proseguimos al clarear el día después de una pequeña refección matinal. A la vista el monte Chirikayén, de formato semejante al monte Roraima (arenisca roja). Los indios me señalaron el árbol, cuya resina les sirve para aromatizar y fijar la tinta encarnada con que suelen pintar el rostro. Morichales en los campos y en las partes boscosas las palmeras **Iriartea exhoriza** y **Oenocarpus bacaba,** varias especies de pasifloras, canáceas y ciperáceas, cuyas hojas cortan casi como navajas. (De ahí ser, por ejemplo, en la lengua tupí el término "maropá", igual te-rerica que navaja). De vez en cuando se oía el canto metálico del campanero (araponga), que resuena muy lejos y en los bosques el canto alto y característico del **paipaichó** (onomatopéyico), que los civilizados suelen llamar "pájaro minero". En el campo, un nido de avispa en la bóveda de un agujero abierto en un termitero o casa de comején; la abertura, en la dirección SO.

Al almuerzo de ese día tuvimos un alimento regular: caldo de extracto de carne, casabe y mañoco o "fariña d-agua", de uso muy común entre los civilizados e indios de aquellas regiones. Por la tarde, caminos más llanos. En un lodazal, la burrita apenas pudo pasar descargada y todo. Una lluvia fuerte durante cerca de media hora. Hojas de moriche nos servían de paraguas. Abrió el tiempo y contemplamos una vista bellísima de Chirikayén. Esta sierra se eleva como una muralla colosal sobre montes y colinas; diríase que hasta su cintura está vestida por las manos habilísimas de la soberana Flora; de sus pies parten valles alfombrados de verde claro del más agradable matiz; y aproximándose a las nubes yergue su frente desnuda y rosada. ¡Qué aspectos tan encantadores y qué bellos tapices naturales en la grandiosa soledad de esas regiones deshabitadas!

A las 16 horas acampamos junto a un bosque alto y aprovechamos unos armazones de ranchos, hechos probablemente por los señores Peña y Mangabeira para pernoctar dentro de la floresta, donde siempre es menor el frío, bastante intenso por las noches en estas alturas y más para quien viene de los campos bajos del Río Branco (Brasil).

Como todavía era temprano y llevábamos escopeta de caza, el tuxaua José Armando quiso salir de ojeo; pero regresó al anochecer sin haber cogido bicho ninguno. Y así sucedió casi siempre. Bien fuera él a la caza o el makuxí Ignacio, siempre volvieron sin haber visto ni cogido nada. De esta suerte, nuestras refecciones quedaron cada vez más pobres y cortas y nuestros organismos más enflaquecidos. Estábamos en la región de los helechos arborescentes.

DIA 22 DE FEBRERO de 1931.—En este día y días siguientes siempre divisábamos panoramas encantadores; pero siempre también luchábamos con las dificultades del camino, sobre todo con lodazales. Vi diversos nidos de hormigas semejantes a los bachacos, muy interesantes: un montículo de tierra roja a flor del suelo, en cuyo centro se elevaba una pequeña construcción de barro blanco en forma cilíndrica, de cerca de 15 centímetros de altura y 8 centímetros de diámetro, por cuyo eje pasaba un canal redondo hasta el tapón, y éste otra vez de tierra roja. Aunque verano, el tiempo era medio lluvioso.

A continuación de la cordillera de Chirikayén venía el Paraitepui, sierra muy larga, que se extendía cual muralla china, y a lo largo de la cual

seguimos caminando durante varias horas. A mediodía cortaron una palmera, cuyas frutas (unos coquitos pardos y oleaginosos en racimo) nos proporcionó un alimento reconfortante y delicioso, endulzándolo un poco con sacarina. Y allí sobre unas lajas, recalentadas por el sol alto y brillante como planchas de cocina, aprovechamos para secar los chinchorros y las ropas. Divisábase un bello panorama: una verde planicie y más allá un valle extensísimo, recortado por islas de bosque, otras de vegetación arborescente y algunos morichales. Atravesamos el riachuelo del Pauí (el paují, gallináceo de porte bello y majestuoso).

Este día pernoctamos en una maloca abandonada, a donde llegamos a boca de noche. A causa de la obscuridad no nos fue posible buscar agua y no pudimos hacer comida caliente, que tanto nos hubiera confortado.

DIA 23 DE FEBRERO de 1931.—De mañana mis hombres salieron a recorrer el camino por ver si tropezaban alguna caza o encontraban algún conuco, donde proveernos de cualquier comida. En vez de caza, se encontraron con cuatro indios de Apoipué, que iban rumbo al Akurimá. Estos nos invitaron generosamente a compartir con ellos la refección de kumachí con casabe y un trozo de venado ahumado, que aceptamos sumamente agradecidos a ellos y al Señor, que nos socorrió de manera tan completa e inesperada.

Por la tarde les enseñé los bellos cuadros catequísticos, que acostumbro a llevar siempre conmigo en los viajes misioneros, y les di pequeños regalos: anzuelos, agujas, hilo, etc. La lluvia no nos dejó seguir adelante. No pudimos dormir en toda la noche debido a las niguas y a las muchas pulgas. Son dos cosas que se encuentran en gran abundancia en todas las malocas abandonadas.

DIA 24 DE FEBRERO de 1931.—Caminos de arena, después pedregosos con afloramiento de cuarzo blanco y plomizo. Divisamos la sierra del Irutepui y a continuación el bellísimo y solitario bloque o coloso del Apaurai. Muchas orquídeas y una especie de rosa alpina o, mejor, azalea. Penetramos en el valle del río Kukenán.

La buena gente de Apoipué resolvió ayer por la noche no ir ya al Akurimá, sino volver atrás para avisar al personal de nuestra llegada y que estábamos sin comestibles. Dejaron sus rallos de yuca (objeto para ellos de gran valor comercial) y demás enseres en la maloca abandonada de Pedro para llevarlos a su destino días o semanas después. A cada paso me veo obligado a dar gracias a Dios y a estos buenos indios por muy justos motivos. Cuánta felicidad y bienestar en este viaje, por otro lado lleno de contratiempos, dificultades y peligros. Qué felicidad, en medio de la pobreza, ir, no a merced de la suerte, sino de la Providencia divina tan amable y casi diría palpable.

Después de mediodía, caminando sobre una altura aproximada de 1.030 metros, divisamos la maloca de Apoipué y las sierras de Katurán-tepui, Akopán, Apaurai, Muru-tepui y el riachuelo de Uruay. Al lado del camino, una fosa abierta por Mangabeira en busca de oro. Allí vino a nuestro encuentro todo un caballero, el indio Pedro de Apoipué, trayendo un saco con plátanos y harina de yuca, de lo cual comimos agradecidos. (Actualmente se ha verificado que la yuca, y por consiguiente los alimentos preparados con ella, como por ejemplo el mañoco, son ricos en proteína). A la vista, la cumbre más alta de la cordillera, por nombre Konoroyén. Pasamos allí lo restante del día, puesto que toda la tarde llovió pesadamente.

MARETE HABLA DE LOS MOTILONES BRAVOS



El patriarca Marete delante de su rancho, construído recientemente en las cercanías de la Misión del Tucuco.

1.—Quién es Marete

Marete es un yucpa de unos 70 años. Nacido en Sheresmo (Colombia), ha vivido en la Sierra de Perijá (Venezuela) desde los veinte años hasta hace unos meses, en que definitivamente se estableció en nuestro naciente pueblo indígena de Los Angeles del Tucuco. Los yucpas de las generaciones jóvenes le profesan una consideración especial, por su edad y aspecto patriarcal, y porque ven en él un archivo de experiencia y tradiciones. A diferencia de otros yucpas ancianos, Marete apenas ha viajado. Hasta la llegada del misionero, jamás había visto un civilizado. Este es el yucpa que nos va a hablar de las relaciones de su gente con los motilones bravos, sus más próximos vecinos.

2.—Marete sabe muchas cosas de los motilones bravos, pero no ha visto a ninguno.

Ante todo, Marete nos dice, a través de los intérpretes Miguel Chókape y Roberto Eknopa, que él sabe todo lo que saben los demás yucpas acerca de los motilones, pero que no ha visto aún al primero, porque ni ellos se han acercado jamás a su lejano rancho, ni él ha participado nunca en incursiones de los yucpas contra los motilones. Hecha esa salvedad, está dispuesto a legarnos cuanto sabe acerca de sus ya célebres vecinos, y nosotros recogemos con interés sus declaraciones, convencidos de que son trozos de una historia inédita que espera desde este archivo viviente que es Marete, a que nosotros la saquemos a luz pública.

3.—Yucpas víctimas de los motilones bravos.

Al hablar con Marete y con cualquier otro yucpa de los motilones bravos, uno se da cuenta muy pronto de que está hablando con gente humillada, y con mucho odio en su corazón. Se comprende desde el momento en que sabemos que los yucpas han sido víctimas del pillaje y de la flecha motilona, y eso en muchas oca-





Arriba: El P. Santelos tomando sus notas en el interior del rancho del indio Marete (enero 1958); abajo: El mismo Padre interrogando a Merete sobre los Motilones, con sus intérpretes el indio Roberto y el interno Miguel Chókape.

siones, sin que por su parte hayan podido vengarse y resarcirse de sus enemigos como quisieran.

Marete nos habla por lo menos de siete yucpas muertos por los motilones. El primer caso conocido por Marete fue allá por 1918. Para entonces vivía una familia yucpa en el monte que sirve de fondo a nuestros edificios misionales. Una noche los perros ladraban de un modo desusado. Es que merodeaban por allí los motilones. Cuando los yucpas se dieron cuenta de su presencia se lanzaron en carrera al monte, perdiéndose en la obscuridad. Pero en el rancho quedó una anciana imposibilitada. Lo que pasó en aquellos momentos dramáticos sólo lo supieron los yucpas al día siguiente: el rancho había sido completamente



Machicha, cacique de los indios Wasamas de Perijá, con su arco y flechas, se presentó en cierta ocasión a defender a los misioneros.

saqueado, y en el suelo yacía muerta la anciana, erizado su cadáver de flechas motilonas.

Marete pasa a hablarnos de otro asalto cruento de los motilones. De esto hace como unos veinte años. Lo realizaron también de noche, escogiendo como víctima al yucpa Oyokchi y a su familia, radicados en el monte Shampa, en la cabecera de la quebrada Koshira. Dos niños, uno de unos 4 años, y otro de unos 10, fueron alcanzados por las flechas motilonas. Los asaltantes cortaron a las víctimas ambas manos, llevándolas como trofeo juntamente con todo lo que encontraron en el rancho. En esta Misión es muy popular Porehpre, superviviente de esa masacre, y hermano de las víctimas. Como a sus padres, le salvó la huida.

Trece años aproximadamente habían transcurrido desde esa triste fecha y los motilones parecían haber optado por la paz. Pero un día del mes de julio sobrevino la más grande trage-

dia recordada por Marete. De nuevo se presentaron los motilones en el monte Shampa, donde para esa fecha vivía el anciano yucpa Yeperupshi con su mujer Yetata y sus dos hijos menores, de unos 11 y 13 años, respectivamente. El asalto, como siempre, fue de sorpresa y amparándose en la obscuridad de la noche. Esta vez ninguno de los moradores del rancho tuvo tiempo para huir, y los motilones hicieron en ellos una carnicería espantosa, llegando a degollar a Yeperupshi, para lo cual emplearon un machete que uno de sus hijos mayorees llevara dias antes de esta Misión.

Marete se refiere aún a otros asaltos a ranchos yucpas, asaltos que no dejaron víctimas, pero que llevaron a los yucpas la consternación y el desasosiego permanente. Reviste particular importancia el asalto de que fue víctima el yucpa Chame, hijo del asesinado Yeperupshi, y él mismo a punto de caer víctima en la noche de julio de 1951. En agosto de 1953 vio con terror cómo los motilones se acercaban a su rancho, raptándole al hijito, al que llevaron vivo a la Motilonia. Nuestro entrevistado Marete no es capaz de explicarse y explicarnos por qué los motilones no lo mataron en el acto, ni mucho menos qué es lo que pretendieron los motilones llevándose a esa criatura, de la que aún hoy se desconoce el paradero...

4.—**Los yucpas a la ofensiva.**

Tantos y tan frecuentes atropellos decidieron a los yucpas a organizarse para marchar sobre los motilones. Al efecto, se organizó un pequeño ejército encabezado por Yemakichi, Komepshi, Tepunchi, Araya, y otros, muchos de los cuales han ido falleciendo en los últimos años. Siguiendo precisamente el camino que pensamos seguir los misioneros para llegar a los motilones, estos airados yucpas llegaron a un típico rancho motilón, donde no viven sólo hombre y mujer e hijos, sino varias familias juntas. Eran más o menos las seis de la tarde. Los yucpas asaltantes se propusieron esperar pacientemente a la noche para realizar la matanza y el robo, pero uno de los expedicionarios —Tepunchi— fue visto por los motilones, que inmediatamente se lanzaron al ataque. Los invasores, viéndose perdidos, optaron por la fuga, y sólo así pudieron escapar a una muerte segura.

Como en 1938, los yucpas aun intentaron otro asalto a los ranchos motilones, pero también esta vez fueron descubiertos, y sólo el refugio hallado en una cueva les pudo salvar esta vez la vida, pues los motilones buscaban como locos el paradero de sus asaltantes, sin duda para cobrarles cara su aventura.

Estas circunstancias adversas han creado en el yucpa tal complejo de inferioridad ante el motilón bravo, que ya es difícil pueda liberarse de él. De hecho en los últimos años los yucpas se han limitado a defender su vida, ordinariamente trasladándose a puntos de la sierra menos vulnerables. ¿Volverán los motilones? Marete no descarta la posibilidad, pero reconoce que la presencia de la Misión constituye una garantía de seguridad no sólo para los que viven a su sombra, sino también incluso para los ranchos más alejados. Los motilones, según Marete, deben pensar que no sólo en la Misión hay buenas defensas contra ellos, sino incluso en los ranchos más alejados que reciben su protección. Por eso se ha visto que el motilón en los últimos años ha llegado directamente a robar; a matar... parece que no...

Fr. Prudencio de Santelos,
Mis. Cap.

Los Angeles del Tucuco,
febrero de 1958.

HUMBOLDT Y LA HOSPITALIDAD DE LOS MISIONEROS

(Del libro inédito "Humboldt refuta a... Humboldt")

P. David Mucientes,
agustino

BARCELONA (Edo. Anzoátegui)

Recomendaciones.

De Cariaco, Humboldt volvió a Cumaná y luego se dirigió a Caracas, por agua, deteniéndose en Barcelona, unas cinco o seis horas. No sabemos si visitó el convento de los franciscanos, que era la cabeza de los Llanos de Barcelona, y del Alto Orinoco, etc., y donde se celebraban los capítulos provinciales. Humboldt ya llevaba recomendaciones de los Padres de Cumaná: "Podíamos contar... con las recomendaciones de los religiosos de San Francisco" (II-194); pero además el guardián de Barcelona les dio otras: "Estábamos por dicha prevenidos con recomendaciones del P. Guardián de las misiones de San Francisco" (III-266).

A la vuelta de su viaje a la frontera del Brasil, llegó nuevamente a Barcelona, donde encontró a su gran amigo Fr. Juan González.

CARACAS (Distrito Federal)

El P. Andújar.—El Guardián de los Franciscanos.—El Prefecto de los capuchinos.

Después de salir de Barcelona, llegaron a Higuerote. Aquí se separaron: Humboldt fue por agua a Caracas y Bonpland por tierra.

"Dos meses pasé en Caracas" (II-260). "Uno de mis amigos, el P. Andújar, piensa acompañarnos... (a las misiones del Alto Orinoco). Nosotros gozamos de una protección distinguida de parte del... P. Guardián de los observantes y del Prefecto de los capuchinos" (Caracas, 3-II-OO). (II-354).

En la segunda parte, volveremos a hablar más detenidamente de Humboldt y los religiosos de Caracas.

CARACAS-GUAYABAL (Edo. Guárico)

Breve itinerario.

De Caracas salieron para Valencia y Puerto Cabello; volvieron a Valencia y se dirigieron, por Villa de Cura, San Juan de los Morros y Calabozo, a Guayabal (Edo. Guárico), cerca de San Fernando de Apure. En todo este largo recorrido, Humboldt se vio con varios religiosos, pero no consta que se aposentase en ningún convento hasta que llegó a Guayabal, en dirección a la frontera del Brasil (por los ríos Apure, Orinoco y Negro).

GUAYABAL (Edo. Guárico).

Una pulpería.—Los vagabundos.—Cortijos bien cultivados.—Carácter afable.

"Pasamos la noche... cerca de la aldehuela de San Jerónimo de Guayabal, fundada por misioneros capuchinos... Visité al religioso... Era un joven que nos recibió de la manera más obsequiosa y nos dio todas las informaciones que le pedí" (III-217).

Aquí Humboldt no ataca al misionero que le dio hospitalidad, pero sí a un antecesor suyo: "Visité al religioso que no tenía más habitación que la iglesia, pues no había fabricado todavía la casa parroquial... Su aldea, o, para emplear

el vocablo consagrado entre los monjes, **su misión,** no era fácil de gobernar. El fundador, que no había titubeado en establecer para su provecho, una pulpería, es decir, en vender en la iglesia misma, bananos y guarapo; se había igualmente mostrado bien poco delicado en la selección de los nuevos colonos.

Muchos vagabundos de los Llanos se habían domiciliado en el Guayabal, por el hecho de que los habitantes de las misiones se libran del brazo secular. Aquí, como en Nueva Holanda (o Australia) no se cuenta con formar buenos colonos, sino en la segunda y tercera generación" (III-217).

—o—

"Visité al religioso, quien no tenía más habitación que la iglesia"...

Aquí, como ya anotamos (V. Guanaguana), no se cumple aquello de que "primero se debía fabricar el convento, luego la iglesia", etc.

"Su misión no era fácil de gobernar... el fundador se había mostrado bien poco delicado en la selección de los nuevos colonos".

Humboldt conoció y utilizó el **Diario** del famoso canónigo José Cortés de Madariaga, héroe de la Independencia venezolana, y éste dice (1811): "Remonté (el Guárico), viendo a la ribera este, muchos cortijos bien cultivados, correspondientes al vecindario de Guayabal. A las cinco de la tarde fondeó la flotilla en este pueblo que demora al este. Los vecinos se ocupaban, a la sazón, en celebrar la independencia de Venezuela... El pueblo de Guayabal es el primen punto de la provincia de Caracas (ahora del Estado Guárico), bien notable por el carácter afable de sus habitantes" (Crónica de Caracas. Nº 17. M.-Abril 1954. Pág. 279).

Se ve, pues, que del 1800, en que pasó por allí Humboldt, hasta que lo hizo en sentido contrario Cortés en 1811, habían cambiado grandemente los "vagabundos", pues tenían "muchos cortijos bien cultivados" y Guayabal era "bien notable por el carácter **afable** de sus habitantes", luego, o el capuchino que informó a Humboldt exageraba (lo que no es creíble) o Humboldt, no obstante haber leído a Cortés, inventaba o fantaseaba.

Por cierto que la buena opinión que tenía Cortés de los guayabales me ha sido confirmada (mayo del 1957) por el señor Obispo de Calabozo, que tiene motivos para conocerlos bien.

"El fundador (de Guayabal)... no había titubeado en establecer para su provecho una pulpería..."

Humboldt no nos dice ni quién fue el fundador, ni si era seglar o religioso, ni cuándo se fundó. Parece deducirse que el fundador fue un capuchino y consta que esto sucedió hacia el 1780. Ahora bien, tal como lo cuenta Humboldt, el fundador parece ser una persona sin escrúpulos, ni cívicos ni religiosos: **cívicos,** pues admitió a "muchos vagabundos", y **religiosos,** pues convirtió la iglesia (**¡horribili dictu!**) en pulpería.

En cuanto a lo primero, acabamos de ver que no fue cierto (o se habían convertido), y en cuanto a lo segundo... tampoco. La misión era entonces muy poble, como nueva y fundada por fugitivos, y no teniendo para hacer casa a Dios ni al Padre, levantarían un chamizo, que (no habiendo Sacramento) le servía al misionero de casa y de pulpería. Cualquiera, que haya vivido en país de misiones, sabe que esto es cosa ordinaria y que no llama la atención a nadie, por aquello de que **necessitas caret lege** (que traducido macarrónicamente significa: la necesidod tiene cara de hereje).

"Aquí como en Nueva Holanda, no se cuenta formar buenos colonos, sino en la segunda y tercera generación".

Si no ocurrió así en la segunda, cuando pasó Humboldt (1800) no hay duda que ya se había cumplido poco después, cuando pasó Cortés de Madariaga (1811).

Donde se ve que el fundador (que "se había mostrado bien poco delicado en la selección de los... colonos") si tal vez fue un pulpero, como quiere Humboldt, habrá que reconocer que fue también un profeta, como lo confirma Madariaga.

SAN FERNANDO DE APURE
(Edo. Apure)

Capital de las misiones capuchinas de Apure y Barinas.—Vino de Jerez.

"Llegamos el 27 de marzo (de 1800) a la Villa de San Fernando, capital de las misiones de capuchinos en la provincia de Barinas (actualmente Estado Apure y Estado Barinas) (III-217).

Permanecimos tres días en la pequeña ciudad... Nos hospedamos en casa del misionero... (P. José María de Málaga) (III-232). Nos guardó las más exquisitas atenciones" (III-222).

"El buen Padre... diónos vino de Jerez, naranjas y frutas de tamarindo para hacer limonada refrescante (durante el viaje) (III-232).

—o—

El único reparo que podíamos poner a esta relación, es que dice: "El misionero disfrutaba de grandes comodidades". San Fernando se había fundado hacía poco (1789) y por su posición privilegiada, en el centro fluvial de la vía Orinoco-Apure, había prosperado bastante: venía a ser un centro comercial para los mercaderes que subían o bajaban por dichos ríos y demás adyacentes. Por eso no faltarían algunas (no grandes ni muchas) comodidades; aparte de que la misión de San Fernando, como "capital de las misiones de la Provincia de Barinas", era también un depósito misional. No es extraño, pues, que le pareciese a Humboldt que "el misionero disfrutaba de grandes comodidades", sobre todo comparado con la pobreza en que vivían los misioneros alejados de tales centros comerciales.

Aparte de este leve reparo, podríamos hacer otros dos de más fuste, uno relativo al retraso en fundar en estas regiones (hasta el 1777 habían pertenecido a Nueva Granada o Colombia) y el otro al título de Villa de San Fernando, obtenido "a solicitud de los monjes". Ya hablaremos de ambos.



RECUERDOS Y EVOCACIONES MISIONALES

Correspondencia Epistolar de Ekaremenín y Emasensén, veteranos misioneros del Caroní.

(Continuación)

Pero dejémonos de reflexiones y lamentos, pues quizá sean inútiles como aquello de predicar en desierto, y prosigamos nuestra visita por los míseros ranchos indígenas.

Entré luego en otro ranchito, para lo cual tuve que hacer inclinación profunda, y ya dentro era indispensable continuar algo encogido para no pegar con la cabeza en el techo; allí se encontraba tendida en un chinchorro una viejita de unos ochenta años; y a pesar de su avanzada edad, no deja de asistir a misa todos los domingos y de comulgar, aunque para ello tiene que caminar más de dos kilómetros. Como las paredes del ranchito son de palma y no muy tupida, siempre está bien ventilado.

Este caserío o ranchería, de diez casas, lo podemos considerar dividido en dos barrios: a uno le han dado el nombre de **Kobipá,** de una quebradita que tiene cerca llamada **Kobiparú,** cuya significación en nuestro idioma, según los indios, es la quebrada de la sanguijuela, por haber en ella muchos de estos anélidos chupadores; el otro barrio, más próximo al río Akanán, lo han bautizado con el nombre de **Abasakapán** por ser muy arenoso, que es lo que quiere decir dicha palabra en castellano.

En todos los lugares me acogieron muy amablemente, contrastando esto con la ojeriza que dicen algunos tienen los indios contra los misioneros.

Esta ranchería —asegura el autor de una novela que cuando la visitó un tal purguero llamado Eduardo —"era la más poblada de la tribu arekuna y sólo la habían visitado muy contadas personas; la mayoría de los indios que la habitaban no habían visto individuos de otras razas y se alarmaron al ver que se acercaba un hombre vestido; corrieron y se escondieron en los más oscuros rincones de las chozas, temblando como si les amenazase algún sañudo gigante".

Yo creo que eso de esconderse tiene razón en afirmarlo, pero no por el motivo que adelante indica, y es que por lo general los purgueros y mineros son gente de mala fama y que con toda libertad abusan de las indias y de ahí su temor.

Pero sigamos, que muy pronto veremos la uña al gato. "Por la tarde Chaviyú, jefe de los camaracotos, completamente ebrio, tambaleándose, sin fuerzas ya para continuar la danza, convocó a todos los vecinos, se sentó en el suelo en el patio de la casa grande, y cuando todos se habían congregado en torno suyo, les dirigió llorando una patética arenga. Eduardo se llegó en ese momento y comprendió que el denodado jefe se hallaba bajo la influencia de una turca llorona. Francisquito le refirió que Chaviyú había citado a todos los habitantes del caserío para advertirles que su padre, poco antes de morir, le había dicho que los españoles volverían a enseñorearse de estas tierras y a esclavizar de nuevo a los indios; que cuando les vieran venir, abandonaran casas y sementeras y huyeran hacia el Sur, a los áridos y fríos parajes del **Ytey** y a los bosques impenetrables del **Paravá.** Según el clarividente jefe, ya había señales inconfundibles de que los opresores se aproximaban".

Todo esto, copiado textualmente, me hace recordar lo que apareció, hace años, en grandes editoriales de la prensa acerca de un descubrimiento en extremo interesante, a saber: que un señor, que había vivido muchos años en la Gran Sabana y algún tiempo también en el Brasil, descubrió una tribu de indios que moraban en los árboles, eran antropófagos y tenían

una **cabeza de porco** o cochino... y hubo muchos simples que creyeron ingenuamente en el curioso hallazgo.

Yo creo que Darwin no hizo un invento tan sensacional como éste. Estos indios, aunque se sabe que son de raza caribe, se ignora su procedencia, ni tampoco existen entre ellos huellas de que los españoles hubieran estado por esta región en tiempo de la Colonia, ni que tuvieran contacto con ellos y menos que los hubieran oprimido y esclavizado.

Algunas tribus indígenas de estas cercanías llaman a todo venezolano que no sea negro, **españoro,** sin saber lo que dicen, pero bien pudiera ser una reminiscencia de los tiempos coloniales. Los camaracotos no los denominan **españoro,** sino **teponkén** (hombre vestido), y los que han vivido algún tiempo con civilizados, por haberlo oído así, los llaman **racionales,** sin saber tampoco lo que dicen.

Pocos hay como el señor Melquiades Trapecio —del que se ha hablado en esta Revista en muchas ocasiones— que sepa ensalzar las virtudes de la Madre Patria y encubrir sus defectos, sólo por ser madre.

Tomemos pues a risa el patético y sentimental discurso del cacique **Chaviyú** ante la dolorida concurrencia, así como también los que alguien llamó esclavos de Luepá: Cierto señor, al apearse del avión, viendo que algunos indiecitos e indiecitas, del Internado de dicha Misión, bien vestidos, iban con curiosidad a ver el aeroplano, le dijo al oído de una hijita que llevaba consigo: ¡Mira, hija, esos son los esclavos! y se le trabó la lengua. Igualmente, es cosa de risa lo de los indios antropófagos con cabeza de cochino.

Para que no me coja la puesta del sol antes de regresar a casa, dejo de visitar otro grupito de ranchos que además no ofrecen cosa especial que ver. Antes de llegar a casa me propuse tomar un buen baño, pero, por no tentar a Dios, no fui al **pozo del milagro,** que es muy hondo, sino a otro en que no se corre riesgo alguno. Me dirá V.C. por qué llamo a ese pozo el **pozo del milagro,** y le responderé para que lo sepa: que cierto día fue el P. Lorenzo a bañarse en él, sin barruntar su profundidad; y como no sabía nadar, se vio en tan grande apuro que hubo de encomendarse de todo corazón a la Santísima Virgen para que le librara de una muerte segura, ya que le era imposible pedir auxilio humano a nadie. Y, créanlo o no lo crean, lo cierto es que sin saber cómo ni cuándo el aludido misionero se halló sentado a la orilla, mucho más arriba del nivel del agua.

Ya no me resta más que llegarnos a casa y entrar en la Capilla para hacerle una visita al Amo de ella y nuestro mejor amigo. En la Capilla tenemos dos lindas imágenes, una del Sagrado Corazón de Jesús y otra de la Inmaculada, traídas recientemente de España; pero la que más llama la atención de los indios es una preciosa imagen del Niño Jesús en su cuna. Cando la contemplan, con sus ojitos que parecen vivos, con su rostro coloradito y todo el cuerpecito rosado y blanco como una azucena, parece que se lo quieren comer, no a besos, pues esto no se usa entre ellos, sino con muestras de alegría y ternura; unos dicen: yo lo quiero para mi hijo; otros: esos ojos para mis ojos y esa carita tan bella para mi cara; y lo tocan pensando que es de carne y está vivo. Yo les digo que si lo quieren cambiar por esos morenitos suyos, y se sonríen.

Cambian de semblante cuando contemplan una imagen muy devota y de regular tamaño de Cristo Crucificado, y exclaman: ¡Ay, pobrecito, por qué le habrán puesto así! y le miran los clavos y las rodillas ensangrentadas, y las punzantes espinas; y llenos de tristeza y desagrado añaden: ¡Eso no me gusta a mí! Como diciendo: está muy mal hecho.

¿Y qué le diré de la plaga de mosquitos? Que no es tan fiero el león

como lo pintan, y que yo creo que con frecuencia se exageran mucho las cosas. Tánto me la habían ponderado, queal venir a Kamarata me parecía venir al purgatorio y que pasándolo aquí estaría ya libre de él en el otro mundo; pero yo no hallo que esta plaga se diferencie mucho de la que hay en las otras casas de la Misión. Quizá sea porque nuestra casa está bien acondicionada, o tal vez porque los mosquitos no quieran molestarme a mí por respeto a las canas y a la calva.

Y ahora la última noticia, y es que ya está funcionando la escuela para externos (internos no hay), y por ahora acuden unos 34 indiecitos de ambos sexos; pero esperamos que pronto se duplique el número; algunos vienen de cuatro kilómetros y los más cercanos de cerca de dos. Toman mucho interés por aprender; algunos en un mes se han devorado a "Pancho", que es el libro primario.

Pronto prondremos escuela nocturna para mayores, pues hay muchos que están deseando aprender.

Y **muererekín,** punto final.

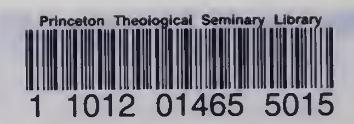
Un afectuoso abrazo de su antiguo compañero y hermano en el Sco. Padre,

F. Ekaremenín.

P. D. — Esta carta —más larga que la de los Pisones— se ha escrito, por una parte, para que sepa cómo lo pasamos por estas benditas tierras, y de ello entere a esos buenos estudiantes de filosofía, misioneros en capullo, para que se animen a venir a trabajar en estas Misiones; y, por otra, quiero hacer honra al nombre con que me rebautizó V.C.: "Ekaremenín", contador o narrador de noticias.




CAMEL
TURKISH & DOMESTIC
BLEND
CIGARETTES


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 5015